

PRÓLOGO

NADA QUEDABA DE AQUEL MACIZO ROCOSO, de más de ochocientos cincuenta codos de altura, cuyas anfractuosas y abruptas paredes amedrentaron a los enemigos de Occidenter. Palacios, teatros, bastiones y murallas, todo fue reducido a ceniza por la más tenebrosa nigromancia; jamás volvió a brillar el sol en aquellas tierras, y, en su lugar, una espantosa oscuridad creció y vivió en un territorio mil veces prohibido a los Imperiales de Celestos.

La calcinada tierra arrojaba un hálito ardiente, fétido y sombrío, aun cuando Chandigharán era azotada por el helado aire del norte, tan gélido como los ojos de quien empuña la Horquilla de dos Puntas. Al amparo de ese venenoso mundo donde el aire era casi irrespirable, donde la muerte ululaba, emergieron indescriptibles criaturas.

Fue Universos quien escribió, en los Libros del Tiempo, que todo llega cuando uno espera. Y esto lo conocían Imperiales como Bakor y Odenkras, cuyas eternidades se ensombrecieron bajo la oscura muerte de ese mundo umbrío. Cientos de tortuosos caminos morían en las tenebrosas fronteras de Chandigharán, miles de encrucijadas invitaban a abrazar el miedo, a encontrarse con el lúgubre mundo, pero nadie después de aquellos osó hollar la maldita tierra.

Sin embargo, bajo el oscuro sudario, permanecía *Dragonia*, la espada forjada por Wasfas en Celestos, la señalada por el destino para cercenar la cabeza de Suhamak. Sin saberlo, Eleazar nebulida, hijo de Nébulos universida, haría suya la legendaria espada, sometién dose al castigo de su padre. Imprevisibles son los designios escritos por Nébulos en el destino.

¡Oh, Magios, tú que permaneces sentado frente a los Libros del Tiempo! ¡Tú, que te sientas a la derecha del universo en el Senado Imperial! ¡Tú, que fuiste testigo del auge y decadencia de los Humanos en Occidenter, casi emparejados con los Eternos! ¡Cuéntanos qué aconteció a Eleazar y a su inseparable amigo Eostes cuando encontraron a Dragonia!

Porque sólo tú, Consejero nebulida, conoces lo escrito en los Libros del Tiempo.

1
EL DESTIERRO

EL CABALLO SE ENCABRITÓ Y LUCHÓ POR TIRAR al jinete, pero la mano que sujetaba las riendas parecía de acero. Tiró de ellas con tal fuerza que casi arrancó la quijada al rebelde animal de poderosos cascos. La otra mano del hombre golpeó a su montura en el cuello a la vez que profería una maldición.

—¡Por todos los Eternos! ¡Te partiré la nuca si no te calmas y continuas avanzando!

Volvió a relinchar y a alzarse sobre las patas traseras, pero finalmente comprendió que no vencería al jinete, el bocado casi le rompía la quijada. Su larga y abundante crin se agitó cuando el animal resopló y movió violentamente la cabeza; de su boca cayeron grandes espumarajos tintados en sangre. Era la primera vez que se rebelaba contra quien le montaba. Tanto corcel como jinete habían cruzado casi todo el mundo conocido, desde Kankas hasta la sombría y misteriosa Chandigharán, donde ningún ser viviente conocido osaba entrar. Y si lo hacía, jamás regresaba.

Pero allí, en la hondonada del desaparecido reino, en la anfractuosa y desolada tierra, yerma y calcinada, donde un día lucharon Nébulos e Infernos, el caballo enloqueció. La pegajosa oscuridad, el aire pesado y pestilente, los cercanos ruidos sordos y los cientos de aviesos ojos inyectados en sangre que les acechaban desde las sombras trastornaban el cerebro de cualquier ser vivo acostumbrado, como el caballo, a tascar bajo los agradables y calientes rayos de sol.

¡El sol! ¡El día! También para el hombre eran conceptos extraviados en perdidos rincones de su cerebro. Aquella mor-

diente negrura que azotaba la piel con su siniestro manto había hecho desaparecer de su recuerdo la luz del día, empujándole a la desesperación; era la eterna noche el baluarte más poderoso de la maldición esputada por el hijo de Satánicus. Pero el jinete no cejaría, su voluntad era más fuerte que el acero de su espada, ahora mellada, y su brazo aún no conocía la derrota.

Era Eleazar nebulida, príncipe de Celestos, hijo de Nébulos universida, seguramente el guerrero Imperial más fuerte de su tiempo, arrebuado bajo el pesado pellejo de pieles cebreidas ganadas a los ladrones de Kankas. Escondía los pies dentro de voluminosas botas de piel de oso que le ascendían hasta las rodillas y sobre la cabeza un casco con cuernos incrustados a ambos lados, recuerdo de su paso por Cerberdum, aldea sureña de Cebreos.

Sus avezados ojos escudriñaban la negra tiniebla, pero nada rompía la insufrible y tediosa monotonía del valle. Hacía un frío de muerte, aunque los caballos relinchaban quemándose los cascos en el fétido vapor emanado del poroso suelo.

Miró en torno, allí seguían los misteriosos perseguidores de ojos sangrientos y piel fosforescente. No podía precisar cuánto tiempo llevaban cabalgando por Chandigharán. ¿Tres días humanos? ¿Una semana? Por las veces que se detuvieron a ingerir la frugal comida, juraría que no más de siete. ¡Siete días bajo el terrible sudario! Y sólo desde los dos últimos eran perseguidos por siluetas indefinidas que se amparaban en las tinieblas.

Ahora casi les mordían los talones, sus voces eran semejantes a un trémulo croar brotado de inmundas gargantas más bien hechas para pronunciar palabras. Si Eleazar pudiese ver a los brillantes engendros, repararía en su constitución semejante a sapos, ya que avanzaban como ellos, a cortos y pesados saltos. Pero eran tan grandes como perros. Sus cabezas recordaban la de una mujer con el rostro mutilado por grietas y arrugas horriblemente profundas; al final de sus viscosos

cuerpos fosforescentes, brotaba un diminuto rabo, cubierto de protuberancias y escamas. Cuando croaban dejaban ver sus colmillos succionadores de sangre, pero tal detalle les era imposible ver en el oscuro mundo de Chandigharán. Odenhas, padre de Eostes, las llamó Nygaards.

Porque, cabalgando tras el hijo de Nébulos, iba el no menos noble Eostes odenhida. Fiel siempre a su amigo y señor desde el día de su nacimiento, como fue escrito por Universos en los Libros del Tiempo. Desde Baldor, nadie como él con una espada en la mano, posiblemente superado por Eleazar, pero eso jamás lo sabrían los Eternos, pues la amistad de uno para el otro estaba asentada en la voluntad inclemente de Nébulos. También él se arrebujaba bajo pesadas pieles, su aliento exhalaba vapor, el frío le mordía el rostro, pero tampoco nada le amedrentaría. En su mano tremulaba su indomable espada.

Las furias monstruosas, nacidas de las pesadillas de Infernos, ya no temían a los jinetes; el hambre de carne fresca y la sed de sangre caliente las empujaba a abalanzarse sobre ellos; y los Eternos sentían a sus caballos casi exhaustos tras varios días sin apenas comer. Eleazar notó la vibración del fétido ambiente, sacó la lanza de su funda y dio una voz a su compañero; finalmente fueron rodeados por decenas de ojos como ascuas encendidas.

Una de las aberraciones saltó sobre el caballo de Eostes, encontrando la lanza del nebulida, que la ensartó de lado a lado. Aquel se ladeó a tiempo para evitar el peso del engendro, que al caer sobre el noble animal le partió la columna.

—¡Por el Cetro del Poder! ¡Sube a mi caballo!

Con movimientos propios de una pantera, Eostes montó a la grupa del caballo de su amigo, obligándole a un último esfuerzo, mientras los monstruos devoraban a su igual y al equino herido. Los arreos del corcel alegraron el atroz momento con su campanilleo. Pero no pudieron ir muy lejos.

El alazán escogido por Eleazar en el mercado de Hicsa, en Kankas, tierra de inmejorables caballos, cayó agotado una legua más adelante.

—¿Y ahora, qué? —rugió Eostes.

—No lo sacrificaré. Aún nos es imprescindible.

—¡Oblígale a incorporarse!

No fue tarea fácil, pero consiguieron que se incorporara, entre resoplidos y relinchos semejantes a un destartalado fuelle. Para entonces, nuevamente estaban rodeados, aunque creyeron que por menor número de enemigos. Posiblemente algunos engendros quedaron más atrás.

—¡Vamos, venid! ¡Probaréis el dulce filo de mi espada! —retó Eostes.

Protegidas por unas sombras que no parecían de este mundo, ellos no vieron cómo se retorcían, golpeando el suelo con sus curvas patas traseras. Las Nygaards croaron, ronquidos capaces de enloquecer a quien no se hubiese curtido en legendarias batallas, capaces de helar la sangre en las venas a un mortal. Entonces, con una fuerza irracional, desencadenaron el ataque.

En su trono de la Ciudad de las Siete Puertas y Cincuenta Torres, Nébulos contemplaría la feroz batalla. Espalda con espalda, las espadas de ambos celestiales eran apéndices de su cerebro, moviéndose como cobras, sus puntas eran más rápidas que la mordedura de una serpiente y los repugnantes engendros escucharon la fatal canción de muerte de dos espadas sin rival.

La lucha finalizó tan violentamente como comenzó. Más de treinta Nygaards regaban con su pestilente sangre el maldecido suelo de Chandigharán. El caballo había desaparecido, y con él, las pocas provisiones que aún conservaban, así como el agua y pieles para dormir.

Pero allí, en aquel lúgubre mundo, no dormirían con los dos ojos cerrados.

—¿Hacia dónde?

—Hacia allá... Sin orientación posible, cualquier camino es bueno. Nuestros titubeantes pasos quedan en manos de mi padre.

Abrigándose bajo los pellejos de pieles, envainaron las espadas y se obligaron a caminar sin rumbo. Nada en los lóbregos alrededores delataba la presencia de peligro, las Nygaards habían desaparecido. No habían recorrido una legua cuando cambiaron de dirección por capricho del destino. El terreno varió. Ascendían, leve, pero constantemente.

—Estamos subiendo una pendiente...

—¿El Necturei? —interrogó Eostes.

Eleazar miró en torno, escudriñando la oscura barrera, buscando indicios de orientación. Pero allí sus experimentados ojos estaban casi ciegos.

—Si es el Necturei, hemos estado caminando dentro de su antiguo cauce. Por alguna razón estamos saliendo de él, sin pretenderlo. Pero es imposible ver nada, esta oscuridad es más negra que la piel de Zunkós el afriano.

Entonces, a cierta distancia, inopinadamente, como surgida de las profundidades del Orco, como si la tiniebla abismal se hubiese levantado, descubrieron una nueva sombra.

—Parece... —los ojos de Eostes se negaban a ver.

—Una fortaleza en ruinas.

Sí, frente a ellos se levantaba la sombría silueta de una torre. Distinguían su contorno, un poco brillante, recortado sobre la tenebrosidad que la envolvía.



En Celestos, la Ciudad de las Siete Puertas y Cincuenta Torres, morada de los Eternos, el Eterno Supremo, el omnipotente Nébulos paseaba preocupado de un lado a otro de la Sala del Ojo del Tiempo, las inflexibles manos cruzadas

a la espalda. Había convocado a los Senadores Imperiales en aquella radiante estancia. Aguardaba, con impaciencia mal simulada, la llegada del último de ellos. Sometería a la consideración del Senado la desobediencia de Eleazar y Eostes, quienes habían entrado, quebrantando la Ley de los Imperiales, en la tierra donde se asentó el antiguo reino de Occidenter, prohibida mil veces a los guerreros que enarbolasen el estandarte Imperial de Celestos.

En sillones de terciopelo azul, rodeando el Ojo del Tiempo, ya se encontraban sentados Shomkros, quien sirvió a Universos como general de generales, estimado y respetado entre todos los Eternos; Odenhas absalonida, al servicio de Nébulos desde que su memoria recordaba, su inseparable jefe de armas antes del ascenso del universida a Supremo y desde entonces general de los ejércitos Imperiales, bastión encargado de velar para que el orden establecido en el mundo de los mortales no fuese perturbado por la maldición de Infernos, hijo de Satánicus; Odis, noble entre los nobles, mente impeccedera, quien propuso a Nébulos y al Senado Imperial la creación de un mundo subterráneo donde recluir a Infernos; y Carmesí amramida, esposa del hijo de Universos, Mayordoma de la Casa Real de Celestos antes de desposarse con Nébulos, de ello hacía tanto tiempo que ni mil generaciones humanas podrían contar.

La adusta mirada de Nébulos reparó durante unos instantes en cada uno. Hablaban casi en susurros, pero ninguno osaba hacerlo sobre lo que les había convocado allí. Aguardaban escuchar al universida antes de pronunciarse ellos, además de respetar con su silencio a Carmesí, madre de Eleazar, quien se agitaba inquieta sonriendo levemente a los tres guerreros.

La estancia era majestuosa y severa, bañada en una inmaculada luz que daba vida a los relieves de las paredes, alusivos a escenas de Celestos. A la espalda de Odenhas se relataba, en relieves esculpidos en la pared, la batalla librada entre Né-

bulos e Infernos antes de que éste fuese recluido en el mundo subterráneo para toda la eternidad. En otros lugares, hermosos tapices y pinturas recordaban a Universos urida, las escenas de la boda entre Carmesí y Nébulos y el nacimiento de Eleazar. Dos grandes estatuas de mármol, una a cada lado de los tronos del universida y Carmesí, representaban al urida; en una sentado con su interminable barba de rizado pelo, sujetando los Libros del Tiempo, donde dejó escrita parte de la historia pasada, presente y futura del mundo de los mortales y de los propios Eternos; en la otra, el Universos guerrero, con una reproducción en mármol de Quimera, su invencible espada que ahora empuñaba Nébulos, en posición de lucha; él tuvo en Satánicus el Maldito, señor de la Horquilla de dos Puntas, a un enemigo digno de su poder.

Poderosas columnas rematadas en capiteles que reproducían fielmente las hojas de la flor celestial, sostenían el techo; ni una sombra manchaba la belleza de la Sala, ni una mota de polvo osaba posarse en Celestos, donde siempre brillaba la luz.

Faltaba Magios, el Consejero del Eterno Supremo, quien dedicaba parte de su eternidad a consultar los acontecimientos futuros en los Libros del Tiempo. En él delegó Nébulos la misión de completar las páginas que aún permanecían inconclusas.

Shomkros y Odenhas vestían sobrias ropas de guerreros, aunque diferentes de las que se armaban en las grandes ceremonias. Carmesí cubría su esbelto cuerpo con sedas de resplandeciente color rosa, símbolo de su condición de Señora de Celestos; Nébulos vestía sobre su túnica una toga de lana muy fina con mucho vuelo, sin esclavina, de abundantes pliegues.

Uno de los pajes reales abrió las puertas de la Sala para permitir la entrada del anciano Consejero nebulida, Magios, quien arrastraba los descalzos pies y la larga túnica de color endrino que cubría su enjuto cuerpo desde el cuello a los

pies, cuyas anchas mangas se tragaban los brazos del mago. Sin decir una palabra, pero marcando una reverencia ante Carmesí, cuya belleza resplandecía limpia y pura, como una mañana de verano sobre las aguas del mar, tomó asiento.

—Queridos amigos y consejeros —comenzó hablando Nébulos, sentándose entre Carmesí y Magios—. Todos sospecháis el motivo de esta sesión del Senado Imperial.

Su seca mirada recorrió nuevamente el rostro de los presentes: Magios y Odenhas sentados a su derecha, en semicírculo alrededor del Ojo del Tiempo; Shomkros y Odis a la izquierda de Carmesí. Vio inquietud y extrañeza en sus interlocutores. Sospechaban la razón de haber sido convocados, pero desconocían las intenciones del universida y, a la vez, se extrañaban de que el valor demostrado por Eleazar y Eostes al entrar en Occidenter fuese motivo para una reunión extraordinaria del Senado Imperial. Todo Eterno anhelaba el día en que el sol volviese a brillar sobre la calcinada tierra, que la Maldición fuese extirpada y Occidenter redimida, y si tan grandioso evento lo llevaban a cabo dos Imperiales como aquellos, ¿qué más se podía pedir al Tiempo y al, a veces, imprevisible destino?

—Un desacato a la Ley Imperial, como el cometido por Eleazar y Eostes, jamás fue consentido ni en éste ni en el anterior reinado. Quienes osaron ultrajar con su desobediencia las órdenes Imperiales, recibieron castigo. Por mucho que a mi corazón pese, hoy presento ante el Senado Imperial el desacato e indisciplina de Eleazar, hijo y heredero mío.

—Amigo y señor Nébulos, con tu permiso, permíteme recordarte que Eleazar ha actuado como su severo padre hubiese hecho hace cientos de años humanos, cuando Universos se sentaba en ese mismo sitio.

Carcajeó el universida, mientras los Senadores guardaban silencio o esbozaban alguna que otra sonrisa, rememorando acontecimientos perdidos en la Noche de los Tiempos. Úni-

camente Carmesí permanecía expectante, temerosa ante las intenciones de su esposo.

—Tienes razón, noble Odis. Mentiría si no confesase que cuando Eleazar y Eostes, tu amado hijo, querido Odenhas, se encontraron ante la tenebrosa frontera de esa tierra prohibida, puse en sus corazones el ánimo suficiente para hollarla con los cascos de sus monturas. —Quedó unos momentos pensativo—. Desde mi victoriosa batalla con Infernos, de tan memorable recuerdo, pocos celestiales caminaron por Occidenter y ninguno pudo vencer a La Maldición. Deseo que tal gloria recaiga sobre mi hijo y, junto a él, el hijo de Odenhas, llamado a ser un día Senescal de los ejércitos Imperiales. Pero mis palabras no son una contradicción. Para traspasar la maldita frontera de Occidenter debieron solicitar autorización a su mando superior, a Strohem el Hendidor, bajo cuyas órdenes se encontraban, y yo lo esperaba. No sospeché que cumplir tal requisito, obligado por nuestra Ley, era para mi hijo rebajarse demasiado. Y todos sabéis que no es la primera vez.

—Nébulos, noble señor de los Eternos, permíteme un inciso —era la serena voz de Magios—. Deseo recordar a los presentes las palabras escritas en los Libros del Tiempo, aunque no textualmente: cuando nuestro señor venció al satánico de tan odioso recuerdo, cayó sobre esa tierra su maldición y ésta sólo podrá ser erradicada cuando un celestial atravesase Occidenter venciendo a aquellos que personifican La Maldición. Ello ha llevado a grandes guerreros Imperiales a intentar cruzar el reino execrado con el único deseo de ver renacer la vida en la putrefacta tierra, que los Humanos vuelvan a trabajarla. Todos recordáis los nombres de quienes perdimos en el intento, y Shomkros tendrá especiales recuerdos de algunos de ellos, pues sirvieron a sus órdenes en el anterior reino... Anhele saber, mi señor, si ha llegado el momento esperado.

—Deberías conocer la respuesta, Magios Consejero ne-

bulida —se adelantó Odenhas absalonida—. Nébulos y tú conocéis el pasado y el presente como el futuro próximo. Deseo añadir unas palabras importantes para el debate, si se me permite. Si mi hijo debe morir, hágase la voluntad del Eterno Supremo, pero morirá intentando lo que nadie antes ha conseguido y lo que nadie después, no dudadlo, nobles Senadores, podrá lograr. Ambos guerreros, Eleazar nebulida y Eostes odenhida, son los más grandes de Celestos en estos momentos y afirmaré, sin miedo a equivocarme, que ya no nacerán otros semejantes en toda la eternidad.

—Habéis hablado, Senadores. Los aquí sentados ya no tenemos la misión de coger la espada y luchar contra los horrores sembrados en la tierra —afirmó Shomkros, aunque los golpes de su mano sobre el mango de Unicornio, su espada, ponían en duda la sinceridad de sus palabras—. Amo a Eleazar como mi propio hijo, le he instruido, enseñándole secretos de la lucha que únicamente yo conocía, aprendidos del propio Universos urida. Superarán todos los peligros y horrores de esa tierra y conseguirán que la vida renazca para los Humanos en las hoy desoladas planicies de Occidenter. Si hemos de votar al respecto, que se les perdone el desacato.

—He escuchado atentamente vuestras palabras y tengo mi propia decisión, que puede ser o no sometida a la votación del Senado Imperial. Eleazar y Eostes, al contrario de los anteriores que entraron en Occidenter, no obtendrán ayuda de Celestos. Dependerán únicamente de su valor, la fuerza de sus brazos y el filo de sus espadas. Ése será el castigo a su desacato.

Las palabras de Nébulos sorprendieron a los Senadores. Jamás se dejó a su suerte a ningún guerrero Imperial, y a pesar de ello dos de los más grandes vieron ensombrecer sus eternidades bajo el negro manto de Occidenter.

—Te suplico, Nébulos universida, que saques a mi hijo de Occidenter —rogó Carmesí.

No contestó el Eterno Supremo. El Ojo del Tiempo reflejaba el avance de los dos guerreros hacia las umbrías ruinas en la tierra antaño próspera y hoy calcinada.



Un escabroso sendero, festoneado por reliquias de antigua grandeza, esqueletos de edificios derruidos y piedras de perfiles como cuchillos, conducía a un trampal cuyo fétido hedor les detuvo durante largos momentos. Escondieron el rostro tras las pieles y se obligaron a avanzar. Aquello apestaba a maldad, los cimientos de las ruinas debían hundirse en el infecto barrizal del Orco. A un paso del hediondo lodo, con ojos inseguros estudiaron la deshecha fortaleza.

Frente a ellos se alzaba, contradiciendo las leyes de la naturaleza, una misteriosa torre circular rodeada de ruinas, símbolo del trabajo de la mano del hombre, antes de aquellos atroces días. El torreón se elevaba sombrío y amenazante, su pináculo se perdía en la oscuridad. Presentaba síntomas inequívocos de ruina, pero seguía firme por alguna nefaria magia.

—¿Qué es?

Por primera vez en muchas aciagas jornadas sus ojos, brillantes entre aquella eterna noche, podían posar la mirada en unas formas que, aún negras, alteraban la sofocante y enloquecedora oscuridad. Por su forma, las ruinas debieron pertenecer a un baluarte fronterizo o a una plaza avanzada, opinó Eleazar. Una fortificación muy semejante a la Torre del Cetro, construcción Imperial ante las Puertas de la Nada.

—Chandigharán fue un importante y próspero reino, su legendario nombre se confunde con el inicial de Occidenter, el anterior reino. Se extendía desde el norte del desaparecido Imperio de Peshawarán al sur de Kahadaharán, con el Mar Osponto al oeste y Asgard al este. Cuenta Ómeros y otros

historiadores que este reino se mantenía sobre la figura de su rey, Shelomó, un hombre sin igual en la historia de los Humanos. Pero tuvo un enemigo digno de su realeza, Augus, aliado de Infernos satanida. Cada nueva jornada, la maldad y la oscuridad avanzaban desde el norte sobre esta tierra, hasta el día de la batalla entre mi padre y el de odiado nombre. Chandigharán, donde brotó una de las más avanzadas civilizaciones, fue aniquilada por la lluvia de sangre, fuego y agua que durante cuarenta días y cuarenta noches exterminó a los supervivientes de las guerras. Shelomó recibió de Celestos, antes de tan aciagos acontecimientos, la espada Dragonia, forjada por Wasfas el Armero en las fraguas de nuestro reino. Pero su final fue inevitable. —Hizo una pausa. Y sus siguientes palabras fueron dictadas por el destino—. El corazón me dice que ahí dentro está la espada.

—¿Entraremos?

—Debemos entrar... En la bolsa me quedan unos trozos de cecina y unos sorbos de agua. La torre se nos presenta propicia para descansar bajo cubierto por primera vez en muchas jornadas. Tal vez podamos encender un fuego y librarnos del mordiente frío. El hedor no vencerá mis deseos de entrar. Ni tan siquiera ese infecto lodazal. ¡Vamos!

Se descalzó las botas de pieles y colgándose las sobre los hombros entró en el barrizal. Sus piernas se hundieron hasta las rodillas, una pestilente bruma se levantó a su paso, golpeando el rostro de Eostes, quien aún dudaba. Se escuchaba un trémulo chapoteo, violentas arcadas agitaban el cuerpo de Eleazar, pero apretó los dientes y cerró los puños, la repugnancia no le amedrentaría.

Unos pasos más y salió del lodazal. Ahora le abofeteó una nueva sensación, un peligro acechante, pero adormecido; una maldad palpitante, aguardando ser despertada.

Ante él se alzaban las magníficas y antiguas puertas, de más de catorce palmos de altura.

—Espera un momento! —gritó Eostes, maldiciendo en voz baja mientras cruzaba el lodazal—. Necesitarás mi ayuda para abrirlas.

Eleazar se limpió el repugnante barro con la espada y volvió a calzarse las altas botas de piel, mientras suplicaba en voz baja que el destino les fuese propicio. Aquella presentida maldad le oprimía más que la fetidez del barrizal.



En Celestos, donde el tiempo es un concepto sin valor, permanecía reunido el Senado Imperial en la Sala del Ojo del Tiempo, el que todo lo ve y todo lo sabe. Ninguno dejó de oír, con toda claridad, las últimas palabras de Eleazar, que retumbaron en la estancia como si hubiese sido pronunciada una maldición; algunos Senadores bajaron la mirada, incapaces de sostener la de Carmesí.

—¡Por mis antepasados! —exclamó irritado Nébulos—. ¿Ahora invocan los Eternos al destino? ¿Es esa la enseñanza que reciben durante su adiestramiento?

Quiso contestar Odenhas, pero Magios, con un gesto de su estriada mano, le pidió que guardase silencio. El consejero de Nébulos comprendía que éste debía castigar el desacato de su hijo con ejemplaridad, disipando así cualquier duda de posibles privilegios de Eleazar sobre los demás Imperiales, pero el Supremo se había excedido en el castigo y en el lugar. Y, ahora, Nébulos lamentaba su exceso. Por eso le irritaba cualquier cosa que hiciesen o dijese Eleazar o Eostes, pues estaba enfurecido consigo mismo por su rapidez de lengua, y no podía rectificar su decisión primera.

—Cuando el miedo y la fatalidad anidan en las almas de los mortales o de los Eternos, se pierde o se olvida muchas cosas y, entre ellas, parte de las enseñanzas vividas con ante-

rioridad, mi señor Nébulos —repuso Magios, con voz serena y segura—. Esos dos guerreros, flor y nata de nuestro ejército Imperial, conocen muchas formas de vida, pero nunca antes les envolvió La Maldición, exhalada de la pestilente boca de Infernos satanida. El hambre y la adversidad, insisto, el sentir tan cerca el peligro sin tenerlo claramente a la vista, han minado su fortaleza moral y física. Pero esos hijos vuestros demuestran, a pesar de ello, una temeridad propia de su linaje. Un guerrero como vos debe recordar haber arrostrado situaciones parecidas.

—Hablas en verdad, fiel consejero nebulida —aseveró Odenhas—. Nunca he visto dudar ni a Eleazar ni a Eostes, a pesar de los mil trabajos que les obligué a realizar en su periodo de adiestramiento antes de vestir las ropas Imperiales de Celestos. No deben importar las palabras, y sí los hechos. Y Eleazar no ha dudado ni un instante en sumergirse en el lodazal, sin saber si éste se lo tragaría o qué aberraciones podrían vivir en él. No recuerdo un valor mayor que el demostrado por ese Imperial, y en el lugar que lo ha demostrado.

—Quiero hacer uso de la palabra, Nébulos universida —las prudentes palabras de Odis, noble entre los nobles, enmudecieron a los demás—. Si en verdad esos Imperiales merecen ser castigados, el perdón debe dárseles si logran salir de Occidenter, aniquilando La Maldición sin ayuda de Celestos. Pero habrán actuado siguiendo el principio del ejército imperial: extirpar las acciones de Infernos de la faz de la tierra, y únicamente con el poder de sus brazos y el filo de sus espadas. Esta aventura les curtirá más que cien batallas entabladas contra las Harpías del Orco. Merecen conocer su destino. Deben saber que están solos, que no cuentan con el apoyo de Celestos. Ése es mi consejo, Nébulos y Senadores. Y el Senado debería actuar conforme a él.

—¡No! —fue tajante el universida.

—A pesar del dolor que siente mi corazón al ver a mi hijo

y a su amado amigo en peligro, no voy a protestar ante los sabios Senadores de Celestos. Él deseó convertirse en Imperial y ello comporta riesgos y peligros como los que ahora le acechan; pero debéis saber que les haré llegar una señal a ambos, cumpliendo el consejo de Odis y mi deseo.

—Te prohíbo...

Carmesí realizó un rápido movimiento con sus manos y un brillante haz de luces brotó de sus dedos, que un instante después se sumergió en el Ojo del Tiempo.

—No puedes, y aún así lo haría, aunque supiese que hacerlo me costara la eternidad —afirmó la madre de Eleazar.



Tomando impulso, empujaron una vez más una de las enormes alas de la puerta de la torre. Estaban construidas con la madera de un primigenio árbol y adornadas con festones de hierro que aún conservaban su antigua belleza. Por fin cedieron, lentamente y entre quejidos de sus herrumbrosas y ocultas bisagras. Fue en ese momento cuando el rayo de luz arrojado por Carmesí golpeó a Eleazar, proyectándole de espaldas a cierta distancia de la puerta y del sorprendido Eostes, quien pronto tenía su indomable espada en la mano.

La luz les cegó, sus ojos se cerraron ante la pureza del immaculado rayo luminoso. Un haz que se detuvo en el aire, girando y bailando entre destellos. Poco a poco tomó la forma de una mujer. Era Annae, la amada del nebulida.

—Eleazar, hijo de Carmesí, Mayordoma de la Casa Real de Celestos, sabe por mi boca y mi imagen que no cuentas con el apoyo de los celestiales en tu empeño. Estáis solos, no entréis en Necturei Karta.

Aquella revelación fue inesperada.

—¿Qué hacemos entonces, amada mía? —habló por fin, superando el momento de la sorpresa y la ceguera.

—Escucha lo que Carmesí te hace conocer: no os detenáis, porque entonces jamás volveréis a ver las resplandecientes torres de Celestos.

La figura de la mujer se desvaneció y el oscuro sudario cayó nuevamente sobre ellos. Necesitaron tiempo para olvidar la pureza de aquella luz. El pecho de Eleazar subía y bajaba cada vez con más violencia, sus dientes rechinaban de rabia. Apretó los puños y desenvainó la mellada espada.

—¡¡Por todos los Eternos de Celestos!! —gritó a la hedionda noche, alzando el acero hacia un firmamento privado de estrellas—. ¡¡Yo, sabedlo señor Nébulos, os desafío a vida o muerte en singular combate cuando regrese a Celestos!! ¡Lo juro por mi sangre! —acto seguido se cortó levemente la palma de la mano izquierda, de cuya herida cayeron varias gotas del rojo líquido vital.

—¿Te has vuelto loco? —Eostes se abalanzó sobre él, obligándole a bajar la espada.

Pero las palabras de aquel fueron escuchadas en la Sala del Ojo del Tiempo y la respuesta no se hizo esperar. El firmamento se estremeció por primera vez en eones, antes de escucharse la tronadora voz de Nébulos.

—Por todos los antecesores del reino celestial, por Universos mi padre y amado señor al que jamás levanté la voz. ¡¡Haced saber al mundo que hoy Eleazar ha sido repudiado por su padre y será conocido con el nombre de Canaam, el Desterrado, destinado a vagar por el mundo de los mortales hasta que su insolencia sea pagada!! Desde este momento no eres un Eterno y no volverás a Celestos hasta que hayas cumplido un castigo ejemplar. Tres trabajos tendrás que realizar para exculpar tu osadía: vence a Necturei; ve hasta el confín del mundo y tráeme la cabeza de Suhamak, y entra en el Orco y rescata las vidas de Baldor, Eósteos y Zunshas. Si realizas todo ello serás

perdonado en tu insolencia. Eostes odenhida, hijo de mi bien amado Odenhas, es libre de acompañarte o regresar a Celestos la Imperecedera. ¡¡Nébulos universida ha hablado!! ¡¡Que Magios lo escriba en los Libros del Tiempo!!

